

Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



Separata

MJ 519 (Abril 2020)

estudios

Páginas 31-32 y páginas 49-56

El deseo de una liturgia viva

SANTIAGO GARCÍA MOURELO

El deseo de una liturgia viva

SANTIAGO GARCÍA MOURELO

Universidad Pontificia Comillas. Miembro del Consejo de Redacción de **Misión Joven**.

Síntesis del artículo

El autor explica el sentido general de la sacramentalidad y las características esenciales de la liturgia cristiana (es obra e iniciativa de Dios, que nos regala la salvación en Cristo) para poder comprender en profundidad y celebrar «una liturgia fresca, auténtica y alegre» (ChV 224; DF 51), como pide el *Documento final* del Sínodo de 2018 sobre los Jóvenes y la posterior exhortación del papa Francisco, *Christus vivit*.

#PALABRAS CLAVE: Liturgia, sacramentalidad, jóvenes, celebrar, participación, Dios.

Abstract

The author explains the general meaning of sacramentality and the essential characteristics of the Christian liturgy (it is the work and initiative of God, who gives us salvation in Christ) in order to be able to understand in depth and celebrate «a fresh, authentic and joyful liturgy» (ChV 224; DF 51), as requested by the *Final Document* of the Synod of 2018 on Youth and the subsequent exhortation of Pope Francis, *Christus vivit*.

#KEYWORDS: Liturgy, sacramentality, youth, celebration, participation, God.

«El deseo de una liturgia viva»¹. Así se titula uno de los epígrafes con los que el *Documento final* del «Sínodo sobre los jóvenes» radiografiaba a los protagonistas de su reflexión. Un deseo que no solo les tiene a ellos como sujeto, sino a toda la comunidad eclesial. En efecto, ¿quién no lo sueña? ¿Quién no trabaja por ello? ¿Quién no busca modos, caminos y propuestas que hagan de cada celebración algo vivo que vivifique a quienes en ellas participan y fecunden cada uno de sus días, con sus rutinas y sorpresas?

Creo que todos nos encontramos en ese deseo, aunque los caminos y las opciones sean diversas. Esta pluralidad es algo que, inicialmente, debe ser reconocido y normalizado porque responde a la solicitud del papa Francisco cuando pedía: «encontrar los estilos y las modalidades adecuadas para ayudarlos a iniciarse en esta experiencia de tan alto valor» (ChV224). Al fin y al cabo, cuando establecemos la relación «liturgia-jóvenes», surgen multitud de situaciones que deben ser igualmente acogidas y diversamente afrontadas, aunque debamos atenernos a unos mínimos, sin dejar de aspirar a los máximos.

¹ Sínodo de los Obispos. XV Asamblea Ordinaria (2018), *Los jóvenes la fe y el discernimiento vocacional. Documento Final*, n. 51. Madrid: BAC, p. 50. (En adelante DF).

1 ¿Cómo celebrar con jóvenes?

Ante esta pregunta, la respuesta no es inmediata. Ni es, ni puede, ni debe serlo, porque nos abre a otras tantas preguntas como, ¿qué tipo de celebración? ¿De la Palabra, de un sacramento, de un sacramental?... ¿En qué contexto: parroquial, colegial, universitario, en el Tiempo Libre, en la vida de uno de los grupos de la Comunidad local?... ¿Bajo qué circunstancia? ¿Una celebración dominical, diaria, un acontecimiento particular o significativo?... Y, por supuesto, ¿qué jóvenes? ¿Qué edades tenemos delante? ¿«Cómo» o «dónde están» en su camino de fe? ¿Están al margen de la Iglesia? ¿Han sido iniciados en la dimensión litúrgica de la vida eclesial? ¿Están comenzando? ¿Llevan tiempo caminando?...

Ciertamente, las variables en la conjunción de las preguntas pueden ser interminables, así como las reflexiones que ofrecer. Por eso, me resisto a decir una palabra que suene a respuesta y, menos todavía, que sea directa y uniforme. Ya lo siento. Por el contrario, creo que es bueno compartir algunos descubrimientos o convicciones, y traer a la memoria elementos que, con el oportuno discernimiento, puedan ser aplicados y enriquecidos; bien porque confirmen procesos emprendidos, o bien porque puedan iluminar el camino compartido de acompañar a los jóvenes al encuentro con Dios; el que se reveló en la vida y misterio de Jesús el Cristo y quiso ser mediado, limitada e inmerecidamente, en su Iglesia, «criatura del Espíritu Santo»³.

² Los sacramentales son —según la Constitución del Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium* (SC)— «signos sagrados creados según el modelo de los sacramentos, por medio de los cuales se expresan efectos, sobre todo de carácter espiritual, obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida» (SC 60).

³ J. Ratzinger (2000), *Conferencia sobre la eclesiología de «Lumen Gentium»*. Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II. Disponible en: <<https://bit.ly/2vZWNKC>>. Consultado 07/02/2020.

2 Aspectos en los que educar(nos)

A pesar de que la Liturgia es la fuente y el culmen de la vida eclesial (ver SC 10) y tengamos la certeza de la presencia de Cristo en ella (ver SC 7), no podemos obviar que todo lo que allí acontece puede pasar de largo. No olvidemos que lo que la Liturgia manifiesta es el amor divino y, precisamente por eso, «puede pasar desapercibida la propuesta que se nos hace. [...] Debido a que se propone sin coerción, el amor corre perpetuamente el riesgo de fracasar»⁴.

Por eso, aunque Dios lo pueda “todo”, como suele decirse, también es cierto que se —o nos— lo podemos facilitar. Antes de cualquier celebración, quizá sea necesario cultivar algunos elementos que, en ella misma, pueden ser nutridos y fortalecidos. Evidentemente, entre esos previos está la fe, aunque sea incipiente, que busca ser asimilada y, también, algunos conocimientos básicos de la Liturgia eclesial, pero bien sabemos que, si no se quiere caer en un formalismo vacío, si no se quiere hacer fracasar al amor que allí se ofrece, se requiere de algo mucho más básico y fundamental.

2.1 La vida no consiste solo en lo que vemos

Leyendo un libro de R. Guardini, me vinieron a la memoria algunas jornadas que he pasado en la montaña⁵. Cuando se está en ruta, de vez en cuando, te sorprende el sonido de una fuente que ni siquiera ves. Cuando la encuentras, el agua fresca que sale de un caño improvisado o de unas rocas, te reconforta y, si te atreves a beber, puedes refrescarte la garganta para seguir caminando. Una

⁴ J.-Y. Lacoste (2019), «Dios cognoscible como amable», en *Id.* (2019), *La fenomenicidad de Dios. Nueve estudios*. Salamanca: Sígueme, p. 113-114.

⁵ Cf. R. Guardini (1965), *Los sentidos y el conocimiento litúrgico*. Madrid: Cristiandad, p. 76-87. Aquí, pp. 77-78.

mirada rápida y superficial, tan solo percibe la calidad del agua, y una mentalidad pragmática, tan solo valora su utilidad. En cambio, esa agua que sale al encuentro de nuestro paso y que acalla el silencio del camino, manifiesta que, allí mismo, por donde andamos, corre un torrente subterráneo o quizá rebosa un manantial, **invisible pero presente**.

Pues bien, algo semejante es lo que sucede en el ámbito celebrativo. Este solo tiene sentido desde la clara conciencia de que la vida no consiste solo en lo que vemos, sino que tiene un **valor sacramental**. En su misma manifestación, remite a algo más que lo manifestado, aunque este tenga su irremplazable valor. En palabras del teólogo ortodoxo Alexander Schmemmann, el «carácter sacramental del mundo y el puesto del hombre en él [...] consiste en que el mundo, sea en su totalidad como cosmos, sea en su vida y desarrollo como tiempo e historia, constituye una epifanía de Dios, un instrumento de su revelación, presencia y amor»⁶.

Ciertamente, dado el actual contexto socio-cultural, la capacidad contemplativa que nos descubre el carácter sacramental de la realidad, está especialmente anestesiada. Con todo, como advierte el papa Francisco en *Christus Vivit*, «no hay que menospreciar a los jóvenes como si fueran incapaces de abrirse a propuestas contemplativas» (*ChV* 224). Al fin y al cabo, vivimos en una cultura de la imagen, de lo icónico, facilitando esa significación y remitencia en lo que percibimos que, por otra parte, **nos constituye**. Cuestión que nos lleva a considerar un segundo aspecto que educar. Porque lo cierto es que la velocidad de imágenes que pasan ante nuestros ojos y el ritmo al que estamos sometidos, hacen har- to difícil percibir la profundidad sacramental de la realidad.

2.2 La vida puede tener otro ritmo

La celeridad vital —que consentimos y provocamos— hace que las oportunidades se conviertan en amenazas de las que huir. Parece que no podemos parar y que todo aquello que nos invite a hacerlo, debe ser evitado; incluso las personas y sus necesidades. El precioso libro de la periodista Andrea Köhler, *El tiempo regalado*, sugiere alimentar nuestra **capacidad de espera y de esperanza**. El hecho de que alcanzara la sexta edición en el mismo año de su publicación, quizá indique una necesidad de nuestro tiempo que está directamente vinculada, tanto con la vivencia de la temporalidad, como con la cuestión celebrativa. Al comienzo de sus páginas, recuerda la definición que el diccionario Grimm ofrece de *warten*, «esperar» en alemán, «un verbo que significaba “mirar a algún lugar, dirigir la atención a algo, atender, cuidar, servir a alguien, guardar, perseverar, etc.”»⁷.

Quizá, hoy sea especialmente urgente combatir la velocidad que nos impide *dirigir nuestra atención* hacia la hondura de la propia vida, *guardar* lo que ella nos reserva, *perseverar* más allá de la dispersión vital, poder *atender* y *cuidar* a quien lo necesite, o manifestar con nuestra espera paciente que estamos *al servicio* de alguien. ¿Acaso no se nos pide algo semejante en cualquier celebración litúrgica? En ella *dirigimos nuestra atención* a lo que allí se obra, *guardamos* la Palabra proclamada, *perseveramos* en la fe transmitida, *atendemos* y *cuidamos* la gracia recibida, y manifestamos que *estamos al servicio* del Señor con nuestro humilde «culto espiritual» (Rom 12, 1).

En la misma dirección, el libro *Pequeña teología de la lentitud*, del cardenal José Tolentino Mendonça, invita a **esa demora capaz** de recuperar las artes que configuran un modo de presencia auténticamente humano en el

⁶ A. Schmemmann (2019), *Para la vida del mundo. Liturgia, sacramentos, misión*. Salamanca: Sígueme, p. 150.

⁷ A. Köhler (2018), *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*. Barcelona: Asteroide, p. 22.

mundo: el arte del perdón, de la espera, del cuidado, de la perseverancia, de la compasión, de la alegría, de la gratitud, etc. «La lentitud intenta huir de lo cuadrículado; se arriesga a trascender lo meramente funcional y utilitario; elige en más ocasiones convivir con la vida silenciosa, las variaciones de sabor y sus minucias fascinantes, el palpar tan íntimo y diverso que puede tener luz»⁸. Sin ser diestros en cierta lentitud vital, es imposible acoger la **fractura de la temporalidad** que supone cualquier celebración litúrgica. En ella, la vida que llevamos y que nos trae, se queda suspendida en el tiempo para ser **atravesada por una presencia** que la perfora, eleva y transforma.

Esto no significa alcanzar la manida ataraxia estoica o la estéril «conciencia plena» del *mindfulness*, sino resituar la complejidad de la vida desde la visitación de la presencia sacramental de Dios que habita en el fondo de la realidad, sosteniéndola y dándola consistencia, sin confundirse con ella. Desde aquí podemos entrever que «es la “**sacramentalidad natural**” del mundo la que encuentra su expresión en el culto y hace de este el *érgon* [obra] esencial del hombre»⁹. Esta última consideración nos empuja a recordar algunos elementos que pueden ayudarnos a resituar toda celebración.

3 Elementos que (nos) iluminan

3.1 La liturgia, obra de Dios

¿Qué significa que la sacramentalidad del mundo se expresa en el culto, convirtiéndolo en la obra esencial del hombre? Sencillo. Que la celebración expresa, condensa y fecunda **un encuentro previo con Dios**. En la vida ordi-

naria, sea cual sea la circunstancia, nuestra mirada ha sido llevada a la contemplación de la presencia velada de Dios. Por esa pro-vocación (llamada previa), y no por otros motivos, somos con-vocados (llamados juntos) a la liturgia para e-vocar (llamar lo que está en la memoria, «fuera» del momento actual) lo vivido, e in-vocar (llamar a) la presencia de Dios que actualiza aquellos encuentros previos, en contexto de acción de gracias. El origen de toda liturgia, por tanto, se sitúa fuera de nuestro querer e interés, aunque Dios los estimule y atraiga con nuestro consentimiento.

Este es el sentido de clásico *adagio* latino **lex orandi, lex credendi**, formulado por Próspero de Aquitania a comienzos del siglo V, en un contexto de confrontación con los semipelagianos. No es que de la vida litúrgica se extraigan las formulaciones de la fe, como si ambos aspectos estuvieran en confrontación: «una cosa es lo que la gente sencilla celebra y otra son las formulaciones complicadas de los teólogos, por lo tanto, los segundos deben acomodarse a los primeros». En absoluto va por ahí su sentido y significado. No es tanto una dependencia de lo que celebramos sobre lo que creemos, sino que ambas expresiones de la fe indican que la lógica que regula las celebraciones y aquello que formulamos creer, responde a la ley de la gracia. Es decir, a «la precedencia de ésta respecto a la libertad humana»¹⁰. En otras palabras, la formulación de la fe y la ritualidad de la Liturgia dependen de la **iniciativa y prioridad de la gracia**.

Es cierto que la Liturgia es, como indica su etimología, «obra del pueblo» (*láos*, pueblo y *érgon*, obra), pero eso no expresa más que su raíz literal. El significado es mucho más profundo. Porque, aunque estemos implicados de parte a parte en su realización, no es algo que hagamos nosotros. Ni por lo que hacemos, porque

⁸ J. Tolentino Mendonça (2017), *Pequeña teología de la lentitud*. Barcelona: Fragmenta, p. 9.

⁹ A. Schmemmann, o. c., p. 152.

¹⁰ Cf. A. Cordovilla (2016), «La Liturgia [no] es un lugar teológico»: Phase: revista de pastoral litúrgica 56/336, pp. 531-633.

no se sitúa al nivel de otras acciones de la vida ordinaria, ni por el sujeto que lo realiza, que no somos nosotros en primer y último término.

a) *¿Qué tipo de acción se obra en la Liturgia?*

Para comprenderlo, el evangelio de Juan es iluminador. En numerosas ocasiones aparece la palabra **érgon**. Se habla de las obras de Jesús (Jn 4,34; 17,4), de su identificación con la obra del Padre (Jn 5,17; 10,14), y de su prolongación en las obras de los discípulos (Jn 9,4). Estas obras evocan la obra por excelencia de Dios: su creación al comienzo del libro del Génesis. Por este motivo, las obras referidas en el evangelio de Juan son **acciones de revelación y de creación**¹¹; de su manifestación efectiva y de su creatividad vital, cuyo sentido y finalidad, tanto de las acciones de Jesús como de sus discípulos, es el acabamiento de la obra del Padre.

En la misma dirección, la Liturgia «no es una obra: no produce nada que pueda ser manipulado, admirado, vendido o donado. Y es igualmente casi ajena a la lógica de la acción: no se instituye para dar solución a los problemas de la ciudad, aunque resuelve [...] las contradicciones de la experiencia política y social»¹². Podríamos decir que la Liturgia es una des-obra o una anti-obra que **fecunda las ambigüedades de la vida**. «Esto es lo que hacen los ritos: regeneran la vida. No son conceptos traducidos en gestos: son acciones simbólicas que transmiten vida»¹³. Renuevan, consolidan, restablecen el impulso y la consistencia vital al ponernos en contacto con el fundamento último de la vida y de la fe.

Desde aquí podríamos revisar si los elementos de nuestras liturgias (cantos, símbolos,

predicaciones), remiten a ese tipo de acción o se reducen a la superficialidad efectista de la emoción; o si los ritmos, ambientaciones, homilias, comentarios y moniciones facilitan zambullirse en ese nivel de la existencia que la dota de consistencia, o si navegamos en la superficialidad de un monólogo de humor, o si caemos en los moralismos (hay que..., tenemos que..., debemos que...) que anulan todo discernimiento, o si acudimos a los psicologismos que orillan a Dios a favor del protagonismo de nuestro ego, o si emitimos juicios fáciles, sobre el mundo o a la sociedad, que nos hacen incapaces de contemplar su fondo religioso y su sacramentalidad, o si papeleteamos apuntes teológicos o exegeticos, más que suscitar una meditación sapiencial y orante de la Palabra.

b) *De lo invisible a lo visible*

Consideradas desde esta perspectiva las cosas, la obra obrada en la Liturgia ayuda a **comprender lo visible por lo invisible** (*per invisibilia ad visibilia*), y no al revés. Esto no es una locura, ni una excentricidad, ni un esnobismo, sino que bebe de la Escritura, de la tradición y de la reflexión actual¹⁴. Quizá, sea relevante adoptar esta perspectiva para ayudar a sustraernos de la preocupación por la inteligibilidad de las palabras, los ritos y los símbolos, porque aquello que sucede en la Liturgia rebosa por un **exceso de inteligibilidad** que nos ayuda, paradójicamente, a comprender mejor la vida y el mundo. ¿Acaso no **aspiramos a ver las cosas y a nosotros mismos «desde Dios»?** ¿No tenemos más luz cuando eso sucede?

¹¹ Cf. J. Zumstein (2016), *El evangelio según Juan (1-12)*. Salamanca: Sígueme, p. 204, nota 112.

¹² J.-Y. Lacoste (2010), *Experiencia y absoluto*. Salamanca: Sígueme, p. 108.

¹³ E. Biemmi (2013), *El segundo anuncio. La gracia de volver a empezar*. Santander: Salt Terrae, p. 112.

¹⁴ «No ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles» (2Co 4,16-18); san Agustín, san Buenaventura, Guillermo de Saint-Thierry... p. e., cf. M.-M. Davy (1954), *Théologie et mystique de Guillaume de Saint-Thierry: La connaissance de Dieu*. I, Paris: Vrin, p. 11; A. Gesché (2010), *El Cosmos*, Salamanca: Sígueme, pp. 15-16; Id. (2017), *La Teología*, Salamanca: Sígueme, pp. 10, 19.

Una asamblea, formada así, es capaz de intuir la luz que desprende cada gesto y elevar su espíritu, un equipo litúrgico o pastoral, o de animadores o de catequistas que eduque en esta perspectiva, no estará volcado en decoraciones y eslóganes, y quien presida o dirija la celebración —sea sacerdote o no—, no estará focalizado en entretener a la asamblea con chistes, dinámicas o símbolos que, además, deba explicar —mal símbolo si hay que explicarlo— para entender el evangelio o lo que se está celebrando. Si lo visible trata de explicar lo invisible ¿no lo estará reduciendo? ¿No será mejor **que lo invisible abra los horizontes de lo visible** y lo resignifique desde su propia altura y profundidad?

Al fin y al cabo, ¿no responde este modo de situarse ante la liturgia, aunque no solo, a la pedagogía divina? Dios se manifiesta (epifanía), se muestra (no se demuestra intelectualmente), dialoga con nosotros asumiendo la asimetría entre nuestra condición y la suya, entre nuestro lenguaje y su Palabra. Algo que, lejos de agobiar o frustrarnos, ayuda a contemplar el exceso que es Dios, al sobrepasar toda acción y toda palabra sobre él: ¿no es esta una de las funciones de la liturgia?

En efecto, «Dios se colgó a la fragilidad de nuestra confesión. Así, se aferra a sí mismo y a su propia debilidad. Dios hace de la kénosis la condición de su existencia entre nosotros. Dios mismo elige la precariedad de una presencia incandescente, vacía de su forma trascendente»¹⁵. Estas provocadoras palabras, más que centrar nuestra atención en la accesibilidad kenótica de Dios, apuntan a una **infinitud** que ensancha la imaginación, a un **exceso** que contemplar, a un **horizonte** hacia el que transitar, a una **relación** que no podemos manejar, pese

a que Dios se haya encarnado en nuestra frágil condición. ¿No va por ahí uno de los acentos que sugiere el *Documento Final* del «Sínodo sobre los jóvenes» cuando dice que «es necesario favorecer su participación activa, pero **manteniendo vivo el asombro** por el Misterio (DF 134)?

Quizás hoy sea urgente recuperar este modo de comprensión, de celebración, de participación, de relación con Dios y de vivencia cotidiana de la fe. «Quizás se trate menos de cómo hacer que las celebraciones litúrgicas sean «deseables» que de mostrar cuán deseable es la fe cristiana, hasta el punto de hacer que la participación en las celebraciones litúrgicas sea vital»¹⁶.

3.2 Acoger a Dios que actúa

Desde aquí, podemos recordar otro aspecto que resitúa muchas objeciones que se hacen a la Liturgia por su **incomprensibilidad**, tanto de los ritos que la estructuran, como de las fórmulas que la expresan.

Es cierto que algunas traducciones de la Escritura o ediciones de los rituales dificultan la comprensión; el deseo de literalidad puede obviar el carácter semántico de las palabras que las hace inteligibles. De manera semejante, los ritos y signos de una celebración parece que tienen tanta distancia con la asamblea que son considerados como algo exótico, digno de curiosidad, o esotérico, solo reservado para algunos elegidos que los comprenden. Creo que centrarse demasiado en esos aspectos no ayuda mucho. Menos, si la solución va por una recreación espontánea e improvisada de las oraciones, plegarias o prefacios, que los estropea y simplifica superficialmente, o por la continua explicación de lo que se hace y por qué se hace; por no hablar de la eliminación o sustitución de momentos o gestos.

¹⁵ A. Gesché, «Un Dieu précaire», en A. Gesché - P. Scolas (dirs.) (2001), *Et si Dieu n'existait pas?* Paris/Louvain: Cerf/Université Catholique de Louvain, p. 147.

¹⁶ P. Prétot (2019), «Une liturgie "désirable"? Pour une approche distanciée d'une aspiration contemporaine»: *Lumen Vitae*, LXXIV, 1, p. 11.

Si bien es cierto que esas dificultades se dan, no es menos cierto que la **Liturgia no es el lugar de solucionarlas**. Para eso está la formación y la catequesis, que no es que se reduzcan a la Liturgia, pero sí tienen en ella una de sus orientaciones fundamentales. «En otras palabras, la vida sacramental se empobrece y se convierte muy pronto en ritualismo vacío, si no se funda en un conocimiento serio del significado de los sacramentos y la catequesis se intelectualiza, si no cobra vida en la práctica sacramental» (*Catechesi Tradendæ*, 23).

Por otra parte, no pensemos que las personas somos ajenas a los rituales. Cada jornada está repleta de ellos. Pensemos en los ritmos que tenemos por la mañana, desde que nos levantamos hasta que salimos de casa. Solemos seguir siempre las mismas pautas; cosa distinta es que tengamos conciencia de esa ritualidad. Junto a ello, el lenguaje es constantemente recreado y enriquecido. Incorporamos palabras que la tecnología y la globalización nos imponen y, normalmente, nadie se queda al margen, sino que hace el esfuerzo por aprender. Por eso, si los ritos y sus fórmulas son ajenos a la vida ordinaria, quizá falte un esfuerzo eclesial por socializarlos (=formar). Lo que nos lleva a revisar en qué medida la dimensión celebrativa y litúrgica está adecuadamente insertada en los procesos catequéticos o de educación en la fe.

Con todo, como he indicado, centrarse en estas cuestiones no ayuda mucho, pues supone **instalarse en la superficialidad**. Habrá que establecer procesos de solución, es cierto, pero estos deberán apuntar hacia algo más importante y sustancial. De lo contrario olvidáramos que «en Liturgia no se trata en primer término de conceptos, sino de realidades»¹⁷. Es decir, que lo que allí acontece trasciende la mera función informativa, teórica, conceptual e intelectualista. Por eso, la preocupación cuando vamos a asistir a cualquier celebración

o cuando educamos a participar, quizá no sea «qué me van a contar o si lo voy a entender», sino «**con quién me voy a encontrar**»... y si voy con las disposiciones necesarias para un encuentro verdadero y auténtico.

a) *Habitar la liturgia*

En este sentido, más que prepararse para asistir a una celebración litúrgica, quizá sea necesario disponerse para el encuentro que se ofrece en la liturgia. Hemos hablado más arriba de la fractura de la temporalidad que supone la toda celebración. Ahora el acento recae sobre el espacio. Disponernos a habitar un lugar es tomar conciencia de lo que allí acontece y de con quiénes sucede. Es hacerlo nuestro, cotidiano e íntimo. Implica familiaridad con los espacios, objetos y ritmos, y, sobre todo, con quienes celebro. Recordemos que el sustantivo de «habitar» es «habitación», palabra que transporta nuestra imaginación a nuestra alcoba, al lugar de la confianza y de la seguridad, del descanso y la intimidad, también de la soledad habitada por multitud de recuerdos. Qué evocador es considerar cada celebración como **la «habitación» donde acontece un encuentro**; un encuentro que es co-habitación e in-habitación.

En efecto, toda celebración implica la **co-habitación** de un lugar. Habitamos la Liturgia con otros, junto a otros, diferentes y diversos, pero igualmente convocados. Es importante abrir los ojos a que el encuentro litúrgico con Dios que convoca, no se da de forma individual, sino colectiva. Es **el paso del yo al nosotros** —tan necesario hoy en día—, y que allí se manifiesta de manera evidente en una comunidad sellada por el vínculo de la fe.

Qué sugerente es darse cuenta que Dios es el único capaz de **reunir lo diferente** en el Cuerpo eclesial de Cristo y que en esa **diversidad** habita el Espíritu Santo como en su Templo, mientras que en el mundo que construimos, con sus algoritmos de Google,

¹⁷ R. Guardini (1965), *Los signos sagrados*. Barcelona: Editorial Litúrgica Española, p. 7.

Amazon y Facebook, solo buscamos relacionarnos con quienes tienen nuestros mismos intereses. ¿No hay en eso algo de diabólico, al crear grupos de afinidad, descartando de nuestro entorno a quien no piensa como nosotros o tiene diferentes gustos? En cambio, la Liturgia nos lleva a tomar conciencia de que la co-habitación trasciende las diferencias, incluso a dicho espacio y momento, porque **la fraternidad no entiende de coincidencias espaciales ni temporales**. En el fondo, sea el tiempo que sea, y en el lugar que sea, todos co-habítamos la Liturgia, todos celebramos el mismo acontecimiento. Por eso se ha podido decir que la Liturgia hace la Iglesia (ver SC 6) o que expresa la Liturgia del cielo hacia donde nos encaminamos (ver SC 8). Como ha dicho el teólogo Christoph Theobald, «la sacramentalidad de la Iglesia: es la simple “presencia” de **una comunidad en diáspora**»¹⁸.

Tomar conciencia de la densidad que implica habitar la Liturgia, requiere de una educación que facilite la **«conversión de los sentidos»**. Con ellos nos situamos en el entorno, pero con su conversión el entorno queda elevado y trascendido. La conversión de los sentidos puede ayudarnos a contemplar más allá de lo que vemos, a situar aquello que escuchamos más allá de los oídos, a tocar a todos más allá de a quién damos la paz, a gustar a Dios al comulgar con el Cuerpo de Cristo. Porque «la liturgia es para habitarla más que para comprenderla [...], requiere, más que comprensión, conversión, disponibilidad o valor y decisión para entrar en contacto»¹⁹.

b) ¿Qué participación?

Este contacto, que físicamente experimentamos en quien tenemos al lado y, en el

caso de los sacramentos, en algún elemento material (agua, pan, aceite, etc.), nos lleva a la **in-habitación** mencionada más arriba o, en otras palabras, a la relación de mutua y asimétrica acogida **entre Dios y nosotros**.

En no pocos lugares se habla de la participación en las celebraciones: «participación plena, consciente y activa» (SC 14; *Directorio General para la Catequesis*, 85) **«participación activa»** (DF 134)..., y da la impresión de que se ha puesto más el acento en el adjetivo que en el sustantivo; hasta el punto de que la «participación activa» en la Liturgia se ha convertido en cierto **activismo** en el que, los más posibles, han de tener un momento de protagonismo; como si se tratara de una función en la que cada uno tiene «su» momento. Sin embargo, como podemos imaginar, eso no solo es no apuntar en el centro de la diana, sino ocultarlo.

A nivel superficial, lo vemos con claridad pues, en ocasiones, quienes participan no saben cuándo hacerlo y se está más pendiente de «su» momento (ellos o quien coordina la celebración), que de lo que allí acontece. Pero yendo más allá de estas situaciones, que la pedagogía, la preparación y la práctica pueden prevenir, lo que es cierto es que, si el centro de la Liturgia es la relación entre Dios y cada uno, o entre Dios y su asamblea; una relación que consiste en la acogida de la gracia que se ofrece y ofrecimiento de la propia vida, eso no implica, ni siquiera indirectamente, tener que realizar algunos momentos de la ritualidad.

De varias formas lo he venido expresando, pero conviene recordar que «el gusto por la liturgia no vendrá de lo que uno domina (elección de canciones, deseo de crear una atmósfera, etc.) sino, por el contrario, de **“dejarse hacer”**»²⁰. Hacia ahí va el centro de cualquier celebración y en eso consiste la

¹⁸ Ch. Theobald (2019), *Urgenze Pastorali. Per una pedagogia della riforma*. Bologna: EDB, p. 257.

¹⁹ S. Curró (2019), *Para que la Palabra resuene. Consideraciones inactuales de catequética*. Madrid: PPC, p. 207.

²⁰ P. Prétot, o. c., p. 14.

4 «Una liturgia fresca, auténtica y alegre» (ChV 224)

auténtica «participación activa», dando sentido a esos posibles y necesarios momentos en los que se realiza cualquier parte del rito.

A fin de cuentas, cuando participamos en una liturgia, deseamos **ser transformados** por quien nos ha convocado, por quien obra en la celebración —recordemos lo que hemos dicho sobre el sentido revelador y creativo de la acción (*érgon*) de Dios—.

Ofrecemos nuestra vida, cargada de historia, de encuentros, de valoraciones y criterios, de fracasos y alegrías, de preocupaciones y proyectos, de personas y de ausencias..., **ofrecemos** todo eso para **ser llevados al cumplimiento del querer de Dios** en nuestra vida y en el mundo que nos ha tocado vivir, hacia una participación más plena de su misma vida. Eso es lo realmente costoso de la Liturgia; poder decir con sencillez: «gracias a esta celebración Dios me ha cambiado un poco la vida, porque su presencia, su gracia, me ha transformado, lanzándome a su servicio en los demás».

En el fondo, la «participación activa» es «**activamente pasiva**», porque implica un «dejar-se hacer», un «entrar en la acción del Otro y que sea él quien actúe», o un «dejar al Otro que actúe en mí». Si lo expresamos sacramentalmente, podemos decir que la «participación activa» implica entrar en el **ritmo eucarístico** latente en toda celebración; un ritmo que «es caracterizado por el dúplice movimiento de sístole y de diástole, de reunión y de dispersión»²¹. Ambos momentos inseparablemente conjuntados por un «y», que es lo litúrgico y celebrativo. Somos convocados, transformados y enviados en cada celebración. Tres momentos de un único camino hacia la santidad que se realiza, de forma permanente y desproporcionada, en la Liturgia de la Iglesia y en el descubrimiento de la sacramentalidad del mundo.

Al referirse al ámbito celebrativo, el papa Francisco recogía el deseo de los jóvenes, expresado en el *Documento Final*, de tener momentos «que incluyan su vida cotidiana en una liturgia fresca, auténtica y alegre» (ChV 224; DF 51). Es sugerente la formulación porque no habla de una liturgia... que incluir en su vida, sino de incluir su vida en una liturgia... Después de la reflexión que hemos ofrecido, creo que esta expresión se muestra con mayor hondura, porque parece que los jóvenes reclaman espacios donde poder insertar su vida. No reclaman celebraciones que encajen bien en su vida (porque les guste, porque las comprendan, etc.), sino que **desean introducirse en una Liturgia** fresca, auténtica y alegre. Una Liturgia que, según lo visto, es acción de Dios, creativa y regeneradora. Una Liturgia que les introduce en una perspectiva, la del Dios invisible, que ilumina todo lo visible. Una Liturgia que es co-habitación con otros, en la participación en la acción de Dios.

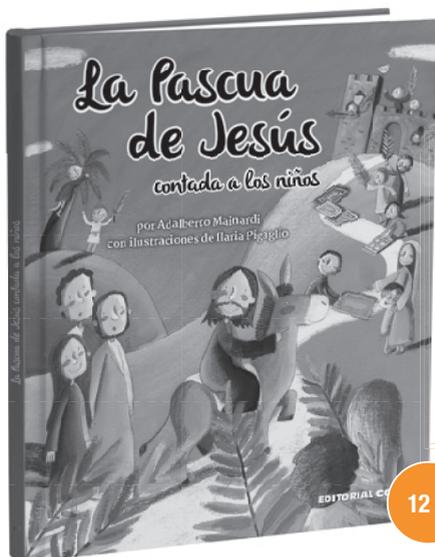
Muchas veces pensamos que hay que cambiar tantas cosas en la Liturgia que nos olvidamos de que «la problemática de la liturgia es, en el fondo, la problemática de un *entrar* (en la lógica—que es *ilógica*— de Cristo, lógica de amor) o también de un *salir* (de nuestro mundo, de nuestra cerrazón, de la superficialidad de nuestro hoy). Es problemática de *éxodo*, es decir, de *pasqua*, de *paso*, de *conversión*»²². Si logramos educar(nos) en esa **condición exodal**, si viviéramos la Liturgia en esa perspectiva, si pusiéramos ahí buena parte de nuestros esfuerzos, quizá no tendríamos que hacernos la pregunta de cómo celebrar con jóvenes.

SANTIAGO GARCÍA MOURELO

²¹ Ch. Theobald, o. c., p. 266.

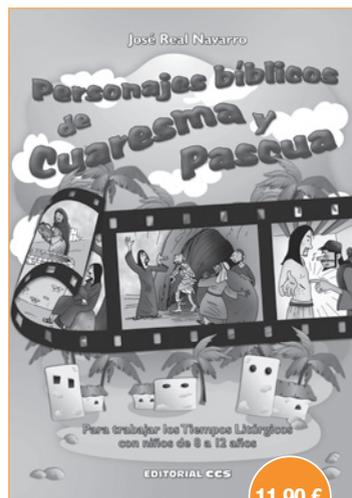
²² S. Curró, o. c., p. 201.

Celebrando la Pascua del Señor

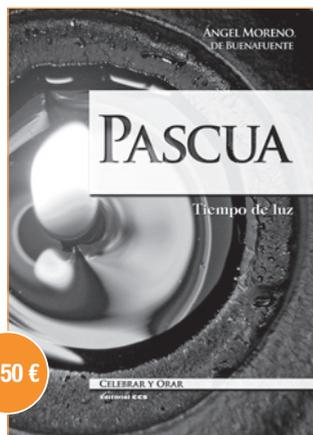


Un libro para acercar a los más pequeños, a través de bellos relatos y atractivas ilustraciones, al misterio de los días más importantes de la vida de Jesús

12 €



11,90 €

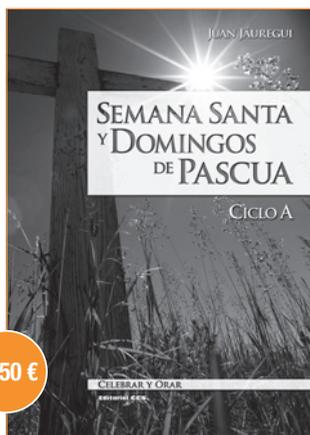


Pascua. Tiempo de luz
Ángel Moreno, de Buenafuente

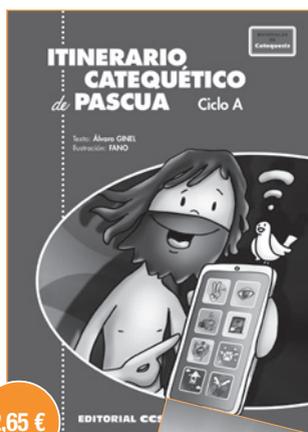
11,50 €

Semana Santa y Domingos de Pascua.
Ciclo A

Juan Jáuregui



14,50 €



Novedad

2,65 €



Novedad

2,65 €



www.editorialccs.com

✉ Calle Alcalá 166. 28028 Madrid ☎ 91 725 20 00 @sei@editorialccs.com

@EditorialCCS

facebook.com /EditorialCCS